

# Cuerpo a cuerpo frente al terror

SARA HIDALGO GARCÍA DE ORELLÁN  
Historiadora

**H**ace unas semanas ETA anunció –en su enésimo fascículo– su disolución. Por delante tenemos un proceso de extracción de conclusiones que sirvan para enseñar a las futuras generaciones que el fanatismo y el totalitarismo no son marcos admisibles de convivencia. En este proceso, los colectivos y personas que experimentaron –por voluntad o por obligación– aquel fenómeno van emergiendo y reivindicando su papel. Uno de esos colectivos fue el de los partidos constitucionalistas, que estuvieron en el punto de mira de la banda. Ahora bien, en los más de ocho lustros que duró la violencia de ETA hay variaciones, porque la violencia terrorista tuvo múltiples rostros y uno de ellos fue el de la violencia de persecución.

El terrorismo, por definición, trata de imbuir miedo, filtrando esta emoción a través de los pliegues sociales y llevando en ocasiones a la parálisis o la desmovilización social, tal y como expone la historiadora Joanna Bourke en su historia cultural del miedo ('Fear, a cultural history'). Además, el terrorismo es mucho más que una forma de violencia política, ya que resulta altamente operativo para garantizar una estrategia determinada: la del terror.

A mediados de los años 90 se inició la época de lo que se llamó la 'socialización del sufrimiento', cuyo corpus ideológico –que no el concepto– se expuso en la ponencia Oldartzen de Herri Batasuna (1995). A partir de ahí se abrió el tiempo en el que un sinnúmero de políticos y políticas que estuvieron fueron objetivo de la banda, ya que no solamente se les asesinó, sino también se les persiguió hasta límites insospechados. ETA –y ese difuso entorno que la jaleaba– practicó la violencia de persecución contra un sinfín de cargos públicos y militantes, cuyas vidas se tuvieron que desarrollar en un «ambiente irrespirable» –tal y como han recordado muchos de ellos– y quedaron marcadas por el proyecto totalitario de la banda. El socialismo vasco (PSE-EE) fue uno de esos partidos que hubo de navegar en este contexto hasta el año 2011, y uno de los elementos que le ayudó en esa navegación fue la capacidad de resistir, tal y como se recoge en el libro 'Los Resistentes. Relato socialista sobre la violencia de ETA' (2018).

Multitud de anécdotas ilustran esta etapa, ampliamente reportadas en la prensa y hondamente enraizadas en la memoria colectiva del socialismo vasco y sus integrantes, muchos de ellos gente anónima a la que las circunstancias empujaron a una situación excepcional. Son los plenos municipales que se desarrollaban entre insultos, reproches o

amenazas en las que el «cuerpo a cuerpo» entre el o la concejal socialista y aquellos que la amenazaban marcaba la política. Son las pintadas en las calles con las dianas y dentro escrito el nombre de la persona amenazada. Son las quejas de algún vecino porque entendía que la persona amenazada «pone en peligro a todo el vecindario». Era la ruptura de una sociabilidad incluso entre amigos «porque puede ser peligroso quedar contigo». Era la obligatoriedad de llevar escolta.

Eran los días siguientes al asesinato, volver a la cotidianidad después de haber conseguido –sobre todo, en los últimos años– manifestaciones de condena bien nutridas. Y si bajamos más a lo 'micro', nos referimos a la mirada de odio, a la palabra de desprecio, a la amenaza dicha en bajo y casi al oído. Nos referimos a las casas del pueblo, sedes de la sociabilidad socialista, lugares militarizados, atacados, cerrados, donde las reuniones se celebraban mientras en la calle el resto de la población seguía con su vida. Una imagen que metafóricamente representaba la propia sociedad vasca de los años 90 y primera década del 2000: un territorio próspero y donde aparentemente no existían grandes problemas sociales, pero que escondía, no lejos de ese bienestar, una falta absoluta de derechos y libertades individuales para determinadas personas. Una ausencia sobre la que se corría un tupido silencio, tapado muchas veces por el miedo.

A pesar de ello, el socialismo vasco no se desmovilizó, sino más bien al contrario. Aunque es cierto que se

replegó casi a lo básico, este partido resiste, presenta candidaturas, gana elecciones y juega su papel en el tablero político vasco. Uno de sus militantes, que ejerció como cargo público en aquella época, decía en una ocasión: «si algún día nos hubieran pagado por estar en la política, por hacer lo que hacíamos, yo creo que jamás lo hubiéramos hecho. Lo hice por sentimiento».

Estas palabras nos muestran que, a la hora de buscar las causas de la resistencia socialista al terrorismo de ETA, no solo se puede aludir a justificaciones racionales u objetivos cuantificables, sino también hay que tener en cuenta la dimensión emocional que subyacía. El miedo se sobrepasó, se superó o, por lo menos, se orilló sin permitir que desmovilizara. En su lugar apareció un potente símbolo, la resistencia (símbolo, por otro lado, no desconocido para este partido que había vivido en las catacumbas de la clandestinidad durante muchos de los años de la dictadura franquista). Las experiencias individuales de la militancia de esta cultura política son múltiples, pero si analizamos su memoria colectiva podemos afirmar que aquella resistencia fue uno de los signos identitarios del socialismo vasco de aquel momento.

Es obligado recordar y entender por qué aquellas personas actuaron como lo hicieron; por qué cuando ETA decidió matar, ellas decidieron resistir. Esa es la tarea de la historia, que ha de reconstruir esta etapa teniendo en cuenta que las violencias de ETA fueron múltiples y también las formas de resistencia.

ANTÓN

